MARCEL NIEDERGANG

la sexta zafra del pueblo

● Nuestro jeep cabecea sobre el camino de tierra roja empapada por el último aguacero tropical, a través de la selva verde de la caña de azúcar. El conductor sigue una línea oblicua, primero a la derecha y luego a la izquierda, buscando rabiosamente una salida en este monte alto y denso, hasta que desemboca por fin en la primera línea en un claro donde se amontonan, como leña, los haces de caña ya cortados. El sol está alto en el cielo. En lontananza, a la izquierda, más allá de la ondulada plantación, humean las chimeneas en la central de la "granja del pueblo" de Dos Ríos. Silenciosos, atentos, a paso flexible y regular, los macheteros, repartidos en brigadas de seis u ocho hombres, atacan la misma línea. Todas las caras son delgadas y morenas, bajo los anchos sombreros de paja, y el sudor hace relucir los torso.

Este trabajo agotador, aparentemente sin fin, realmente recuerda un combate. A la misma hora, en toda la isla, desde las llanuras recalentadas de la provincia de Oriente hasta las plantaciones cercadas por majestuosas palmas reales en Pinar del Río, los hombres movilizados para esta sexta "zafra del pueblo", macheteros, profesionales, "voluntarios", estudiantes o funcionarios alistados por períodos de uno o dos meses como reservistas, arrancan a esta tierra bermeja lo que ha constituido, desde siempre, la primera riqueza de Cuba: su azúcar.

● LA LLEGADA DE LOS VOLUNTARIOS

EL fragor incesante de las centrales azucareras, esos equipos de trabajadores de choque, los trenes cargados de caña bordeando las plantaciones, las consignas de "¡Más rápido, aun más rápido!" dadas al estado mayor, el arribo alegre y desordenado en los campamentos provisionales de los voluntarios, con su

entonces de 1,67 pesos por 100 arrobas".

En Dos Ríos y bajo este mismo cielo de fuego, el 19 de mayo de 1895, José Martí, el poeta promovido al rango de "apóstol" de la revolución cubana, se arrojó temerariamente contra los cuadros de soldados españoles y cayó muerto para desesperación de su amigo el general Máximo Gómez. El mártir de la independencia cubana decía sensatamente que el pueblo que confía su sub-

mente en el dominio de la siderurgia, a cargo del «Che» Guevara —entonces gran maestre de la planificación—, no concordaban con la realidad", aseguran.

Los cubanos, sin embargo, defienden aun hoy las concepciones del "Che", precisando con justicia que aquél "era un decidido adversario del corre-corre", aunque admiten que "su centralismo en cierta medida pudo favorecer el desorden". El "Che", teórico riguroso y revolucio-

mo aniversario y accediendo así a la edad de la razón, Cuba, "primer territorio libre de América", ha aceptado, al menos respecto a este punto, mirar la realidad cara a cara y extraer las conclusiones necesarias.

En 1965 la producción se remontó a 6 millones de toneladas, pese las secuelas de los estragos causados por el terrible huracán Flora, devastador de las provincias de Oriente y Camagüey. Para 1966 las perspectivas no son excelentes. "Demasiada

LA LLEGADA DE LOS VOLUNTARIOS

EL fragor incesante de las centrales azucareras, esos equipos de trabajadores de choque, los trenes cargados de caña bordeando las plantaciones, las consignas de "¡Más rápido, aun más rápido!" dadas al estado mayor, el arribo alegre y desordenado en los campamentos provisionales de los voluntarios, con su valijita en la mano, la inclusión inmediata de estos en el rumor de los cantos revolucionarios, la propaganda machacona en la radio y la televisión: "Y tú, compañero, ¿qué vas a hacer por la sexta zafra del pueblo?", todo concurre a reforzar esta idea de movilización general por la caña de azúcar, esta impresión que da Cuba en la primavera de 1966.

Una tras otra, desde noviembre, las ciento cincuenta y tres centrales encendieron sus calderas. En Dos Ríos, los 1.800 obreros agrícolas permanentes de la "granja del pueblo" han sido reforzados por unos 1.100 "voluntarios" a fin de alcanzar la norma diaria fijada: 410.000 arrobas (una arroba equivale a 25 libras) de caña triturada, pesadas con guinche en el terreno. Cerca de los grandes edificios del ingenio, en medio del olor dulzón de la caña machacada, los carteles de la cooperativa publican las previsiones, los resultados y las fotografías de los obreros "stajanovistas" que superaron las marcas en el correr de la semana anterior.

Porque todo está codificado y planificado, tal como me explica el administrador de la central en su oficina, bajo retratos de Lenin y Camilo Cienfuegos: "Aquí, por una norma diaria de 170 arrobas, el salario de un machetero es de 4,48 pesos... Es un promedio que un profesional alcanza cómodamente. En cambio, los voluntarios en una jornada pueden voltear 40,60 y hasta 100 arrobas, pero raramente más. Les falta la mano, una sólida resistencia a la fatiga y especialmente la regularidad... Fidel ha cortado más de 800 arrobas en una semana, pero hay que aclarar que le habían preparado el terreno. Las cañas habían sido cuidadosamente limpiadas. En un terreno donde la caña rinde más, la norma, naturalmente, se modifica. El salario es entonces de 1,67 pesos por 100 arrobas".

En Dos Ríos y bajo este mismo cielo de fuego, el 19 de mayo de 1895, José Martí, el poeta promovido al rango de "apóstol" de la revolución cubana, se arrojó temerariamente contra los cuadros de soldados españoles y cayó muerto para desesperación de su amigo el general Máximo Gómez. El mártir de la independencia cubana decía sensatamente que el pueblo que confía su subsistencia a un solo producto, se suicida. En el entusiasmo y ardor de los primeros años de la revolución, los dirigentes cubanos procuraron justamente escapar a las humillaciones e inconvenientes del monocultivo. La caña, símbolo de esa aborrecida sujeción respecto a Estados Unidos, fue desplazada progresivamente, en beneficio de una reconversión desmañada de la agricultura y de un ambicioso plan industrializador que no tenía en cuenta suficientemente, sin duda, las posibilidades reales de Cuba y los errores cometidos en otros países socialistas, y especialmente hacia 1921 en la Unión Soviética.

DOSCIENTOS BARRENIEVES SOVIETICOS

PARADOJICAMENTE la reforma agraria contribuyó a alejar de los cañaverales a macheteros irremplazables. Hoy se admite que el plan de industrialización, preparado por economistas procedentes de Europa Oriental, no se ajustaba exactamente a la realidad cubana. Fue la época de las fábricas milagrosas, preconstruidas en Checoslovaquia, que llegaron en cajas a las cuales muy a menudo comenzaría a cubrir el polvo. Las anécdotas sobre proyectos irracionales u órdenes absurdas abundan. Una de las más típicas se refiere, como en Guinea, a la entrega de 200 barrenieves soviéticos...

Para los expertos de los países del Este, la dramática desorganización de la economía cubana de 1961 a 1963 se explica en primer término por lo que en La Habana se llama el "corre-corre", algo así como el "laissez-faire", un método que consiste en preocuparse de apagar el fuego sólo a medida que surge.

"Los delirios de grandeza, especialmente en el dominio de la siderurgia, a cargo del «Che» Guevara —entonces gran maestre de la planificación—, no concordaban con la realidad", aseguran.

Los cubanos, sin embargo, defienden aun hoy las concepciones del "Che", precisando con justicia que aquél "era un decidido adversario del corre-corre", aunque admiten que "su centralismo en cierta medida pudo favorecer el desorden". El "Che", teórico riguroso y revolucionario severo, ciertamente era un adversario principista del "estímulo material", posteriormente introducido en el vocabulario y la vida de Cuba.

Pero, ante sus colaboradores inmediatos, había admitido la necesidad de detener un proceso peligroso, aun antes de su extenso viaje de la primavera de 1965 por Africa y Asia, viaje que había de preludiar su retirada y desaparición "por razones más doctrinarias que económicas".

¿10 MILLONES DE TONELADAS EN 1970?

EN 1961, la producción azucarera cubana alcanzaba a 6,5 millones de toneladas, mientras que la cantidad mínima antes de la revolución era de 5 millones de toneladas. En 1962 ese guarismo cayó a aproximadamente 4,8 millones y en 1963 a 3,8 millones. Es menester precisar que la producción de un año es el fruto de los errores o, por el contrario, de los esfuerzos del año anterior. El novel desprecio por la "maldita caña", el mejoramiento de las condiciones de vida de los guajiros o de los "precarios", condenados antes de 1959 a errar de plantación en plantación a la espera de alquilar sus brazos durante el breve período zafral (tres meses, antes de la revolución; actualmente se extiende a más de seis), el ausentismo, el éxodo de numerosos jornaleros al ejército o los sindicatos, técnicas inadecuadas, el bajo rendimiento de los "voluntarios", todos estos factores, y otros, explican esa caída de la producción. Los cubanos descubrieron que era imposible convertir de la noche a la mañana una economía de tipo capitalista, que descansaba sobre un producto básico, en una economía socialista e industrial. Al festejar el 2 de enero último su séptimo aniversario y accediendo así a la edad de la razón, Cuba, "primer territorio libre de América", ha aceptado, al menos respecto a este punto, mirar la realidad cara a cara y extraer las conclusiones necesarias.

En 1965 la producción se remontó a 6 millones de toneladas, pese las secuelas de los estragos causados por el terrible huracán Flora, devastador de las provincias de Oriente y Camagüey. Para 1966 las perspectivas no son excelentes. "Demasiada sequía", dice en Dos Ríos el dirigen-

se local del partido. Se había previsto un guarismo de 6 millones, pero, según el propio primer ministro, la cosecha de este año apenas alcanzará a 5 millones de toneladas. El plan, sin embargo, prevé 7 millones y medio para 1967 y 10 millones para 1970. Según algunos expertos extranjeros, ese guarismo redondo de 10 millones fijados por Fidel es más "simbólico" que "real". Conviene, con todo, saber si Cuba (que ya ha reencontrado, con la ayuda de la U.R.S.S., su antiguo lugar como productor mundial) puede efectivamente producir 10 millones de toneladas y sobre todo si el mercado azucarero mundial le ofrecerá entonces suficientes posibilidades de colocación.

● EL ACUERDO CON LA U.R.S.S.

LOS mismos expertos se preguntan, en consecuencia, sobre "el destino de esa superabundante producción cubana, pese a la existencia de acuerdos bilaterales, en particular con la U.R.S.S.". Ciertamente, el acuerdo concluido en enero de 1964 por Fidel Castro en Moscú se ha vuelto ventajoso. Cuba, que en 1965 suministró a la U.R.S.S. poco más de 2 millones de toneladas de azúcar, le entregará 3 millones en 1966, 4 millones en 1967 y 5 millones de toneladas anuales en 1968, 1969 y 1970. Durante este período el precio del azúcar cubano ha sido fijado a seis centavos de dólar por libra ("mercadería depositada en puerto cubano y lista para ser embarcada"). Este precio, muy inferior al mundial en el momento de ser firmado el convenio, hoy lo supera ampliamente.

"Seamos muy optimistas —dicen los expertos—. Olvidémonos del grave diferendo comercial con China Popular, que sin embargo no podrá ser desconocido mucho tiempo. Consideremos los acuerdos con Marruecos, España, la R.A.U., Japón (al precio más bajo), el Mercado Común, Canadá, Portugal y Gran Bretaña. Fijemos el conjunto de las ventas al bloque socialista en 6.400.000 toneladas y admitamos que el consumo interno alcance a 600.000 toneladas. Aun inflando los guarismos, resulta difícil ver cómo Cuba podría vender más de 8 millones y medio de toneladas, de las cuales sólo un millón y medio en el mercado libre, proveedor de divisas...

"La reventa, practicada por la U.R.S.S. y los países comunistas europeos, del azúcar cubano en el mercado mundial, compite indirectamente con las ventas cubanas en ese mismo mercado y ya provoca fricciones, como es sabido. ¿Pero cómo prever desde ya el precio del mercado libre en los años próximos? No basta con vender. Es menester saber a cuánto... Hablando técnicamente, esta ampliación de la producción tropieza con varios obstáculos. De entrada, la falta de brazos. No se ve que la producción de los «voluntarios» haya mejorado mucho, para no hablar del desorden que ese éxodo provoca en la agricultura y en las actividades de la nación en general. En 1965, durante la zafra, se ha contado, en los cañaverales, alrededor de 100.000 soldados que hacían el servicio y más de 150.000 «voluntarios» y trabajadores ocasionales. La eficacia del trabajo «voluntario» a 5 pesos diarios es dudosa, ¡y durante la zafra el personal de las fábricas se reduce en un 50%! La premisa básica de aquella extensión es, pues, la búsqueda o formación de verdaderos macheteros. A continuación tenemos los problemas propiamente técnicos: fatiga de los ingenios azucareros, que desde 1959 no han sido mejorados ni revisados, necesidad de mejorar la red de comunicaciones... ¡Es un círculo vicioso! Habría que invertir 300 millones de dólares para lograr esa modernización. Pero Cuba está escasa de divisas...".

● NUEVAS BASES PARA LA INDUSTRIALIZACION

ESE último guarismo corresponde al que es indicado por los dirigentes de la industria azucarera y de la planificación, al frente de los cuales se hallan Dorticós, director de la Junta Central de Planificación, Carlos Rafael Rodríguez y Borrego. "El problema —afirman— no consiste en construir nuevas centrales, lo que sería irracional, sino en repartir mejor sus tareas, a fin de reducir al máximo las dificultades de transporte. Ahí radica ,a nuestro criterio, el obstáculo número uno que debemos superar. ¿Diez millones de toneladas? Siempre las podremos vender. No se trata de eso. En lo que se refiere al mejoramiento de la productividad, éste debería ser alcanzado mediante nueva ayuda soviética. Doscientos cincuenta técnicos rusos participan ya en este nuevo esfuerzo de mecanización, y la U.R.S.S. nos ha enviado tres mil quinientas máquinas especiales" (en la práctica, la eficacia de las máquinas soviéticas de cortar caña a veces es discutible, especialmente en terrenos accidentados). "No, la dificultad mayor sigue siendo la coordinación entre la ampliación de la producción azucarera y la industrialización sobre bases racionales".

● PERJUICIOS DEL BLOQUEO NORTEAMERICANO

TRAS los "años locos", un viento de realismo sopla a través de la economía cubana. El gran sueño de la industrialización total ha sido, si no abandonado, por lo menos remitido a mañanas más remotos, al mismo tiempo que se escamotean un poco los "textos sagrados" de José Martí.

No obstante, no es fácil realizar una apreciación objetiva de la economía cubana. No faltan los nubarrones, y algunos observadores demasiado apresurados, o partidarios del ataque sistemático, no han dejado de señalarlos. Pese a los milagros cotidianos de habilísimos mecánicos, los repuestos de Chevrolets o Cadillacs de 1954 y 1956 continúan reduciéndose inexorablemente. La situación es menos grave en lo referente al transporte colectivo, ya que en todas las avenidas de La Habana circulan ómnibus flamantes y nuevos. Pero la Cubana de Aviación tendría que renovar completamente en los próximos dos años sus DC-3 y sus Britannia, que vuelan gracias a repuestos importados de contrabando o tomados en "préstamo" de los aparatos inmovilizados. (En cada avión de las líneas interiores cubanas, un soldado armado se mantiene en guardia permanente en la cabina de la tripulación). El embotellamiento producido por la partida de los delegados a la Tricontinental, en enero, dio una idea de la urgencia en resolver este problema. Los ingenios están fatigados, pero también los ascensores, los aparatos de aire acondicionado, las bombas de agua (el nuevo barrio de Habana-Este, un conjunto residencial bien construido, a menudo carece de agua y de ascensores que funcionen); en pocas palabras, toda esta infraestructura depende directamente de un mercado norteamericano cerrado a cal y canto.

Pese a la persistencia de la "libreta" (de racionamiento), los comentarios sobre el abastecimiento suscitan apreciaciaciones muy contradictorias. "Se come demasiado en este país", me decía con evidente mala fe la mujer de un diplomático. Digamos que se come sencillamente, pero un poco mejor que hace dos años. Los restaurantes son más numerosos, mejor provistos y menos inaccesibles a los bolsillos cubanos medios. (No hablemos del Habana Libre, donde los invitados a la Tricontinental fueron tratados a cuerpo de rey).

Si bien el cubano "medio" de las ciudades nota poco cambio en su suerte (en la Rambla se hace cola para tomar una minúscula taza de café negro), los signos de mejora colectiva se vuelven más claros. Cuba dispone de un capital de seis millones de bovinos, lo que no es nada despreciable. Este ganado de raza cebú (mal productor de leche) es mejorado por cruza, especialmente con los célebres Holstein. En 1965 se han practicado doscientos cincuenta mil cruzamientos en las granjas experimentales, que Fidel Castro visita personal y regularmente.

El cultivo del tabaco y del café ha sido reforzado (la venta de los famosos "habanos"asciende a 30 millones de dólares). La ganadería, el café y el tabaco todavía son "privados" en un 50% (los pequeños propietarios pertenecen a la A.N.A.P.). Las cooperativas pesqueras sólo producen 40.000 toneladas de pescado, pero este guarismo alcanzará rápidamente a 250.000 toneladas con el desarrollo de una verdadera industria en ese campo. La gran esperanza inmediata es el níquel. Las reservas cubanas son considerables y de calidad muy buena. Y los nuevos recursos energéticos —puesta en funcionamiento de usinas termoeléctricas de construcción soviética en Mariel y Rente (cerca de Santiago), inicialmente previstas en el plan de industrialización de 1961— pronto estarán disponibles para el "nuevo salto" adelante...